# Los Juguetes

El regalo provenía desde el fondo de los tiempos. Fue a una edad tan temprana que me resulta imposible recordar, tal vez, fue cuando tenía dos o tres años, pero mi hermano que es un poco más grande que yo si lo sabía. Y lo tenía presente y fue él quien un día me conto el secreto: en un oculto rincón del ropero de Tío Julio habían escondido dos lanchas con motor eléctrico traídos de la China, una roja y la otra azul, maravillosas, una para mi hermano y la otra para mí. Cuando me enteré de la novedad ya casi no pude pensar en otra cosa que en las dos brillantes lanchitas en nuestras manos haciéndolas navegar en un charco o en la acequia. Cuando me enteré de la noticia yo ya tenía cinco años pero probablemente aún no era la edad adecuada para cuidar un juguete caro según los adultos. La razón por la cual estaban escondidas era precisamente esa. Probablemente fue un regalo de navidad o de Reyes. Aparecieron las pequeñas naves e inmediatamente mi mamá y mis tíos resolvieron que aún éramos muy chiquitos para jugar con ellas y que sería una lástima que la rompiéramos siendo unos juguetes tan caros y resolvieron guardarlos y alejarlas de nuestras torpes manos hasta que fuéramos grandes o al menos hasta que tuviéramos edad suficiente para cuidarlas. Tener cinco o seis años y pensar en esa posibilidad, la de ser más grande para conseguir algo torna en imposible cualquier sueño. Nunca seré los suficientemente grande pensaba yo. O eso sucederá dentro de tantos años que ya no servirá de nada alcanzar el sueño.

A la hora de la siesta nos obligaban a dormir. No querían los adultos que anduviéramos solos por la calle o molestando en el patio y metiendo ruido porque no los dejaríamos dormir a ellos. Así que nos acostaban a mi hermano y a mí en una camita en la pieza de Tío Julio que por su parte dormía en la otra cama del dormitorio. La hora de la siesta tiene que haber durado entre las dos y las cuatro de la tarde. Apenas dos horas de silencio en el calor del verano. Había que aguantar nuestras ganas de salir a jugar por dos horas y hacer silencio. Con mi hermano hablábamos con susurros. Y fue en una de estas tantas tardes cuando Luis me reveló el secreto de las lanchas. Estaban escondidas en algún lugar del ropero y las guardaban hasta que fuéramos grandes. Pasaron muchas tardes. Para mí fueron cientos o miles de tardes en las que Luis me aseguraba que las lanchas existían y aguardaban por nosotros en algún lugar del viejo armario. Para mí se había convertido en una especie de leyenda mágica.

Empezamos a urdir planes secretos para ir en busca de los ansiados juguetes. Una tarde en que tío dormía tan profundamente que sus ronquidos nos estaban enloqueciendo supimos que era el momento adecuado y pegamos el saltito de la cama. El salto imperceptible y descalzo de dos niños de siete y cinco años pasó desapercibido entre tanto ronquido y silencio estival. Caminamos tan lentamente como pudimos perdiendo valiosos minutos y mirando de reojo al Tío que, de a ratos, metía una suerte de rebaje con sus ronquidos y parecía a punto de despertar pero se acomodaba y seguía en lo suyo. En un rato ya estábamos frente a la puerta lustrada y oscura del viejo ropero. Mi hermano, el más valiente de los dos giró lentamente la llave que cerraba la puerta y comenzó a girar la puerta como si fuera la entrada de la cueva de Alí Babá. Mi ansiedad creció a niveles insoportables y no sabía si aguantar la respiración o salir corriendo a la seguridad de la cama. Ya la puerta estaba abierta pero aún quedaba mucho para explorar allí adentro. Solo se veía mucha ropa colgada y apilada y no sabíamos con precisión donde estaba si es que era cierto que estaban escondidas ahí. De repente mi tío se movió y dejó de roncar y pensamos que se había despertado. Salimos corriendo y nos tiramos en picada sobre la pequeña camita. Miramos de nuevo al tío que afortunadamente seguía con sus sueños y sus ronquidos. Pero descubrimos horrorizados que habíamos dejado la puerta abierta y que si se despertaban los adultos tendríamos que dar largas explicaciones y vendría con toda seguridad alguna terrible penitencia que quizá consista en prohibirnos salir a andar en bicicleta o no ir a la casa de la abuela o males y castigos aún peores. Alguien tendría que regresar y cerrar la puerta antes de que despierte el Tío. Por supuesto que mi heroísmo aún era muy inferior al de mi hermano que se levantó suavemente y en puntitas de pie se acercó hasta el ropero empujó la puertita que se cerró entre típicos rezongos metálicos de bisagras de bronce. Regresó rápidamente y ya en la cama aguardamos a que los adultos comenzaran a despertarse y la vida de la casa fuera retomando su nivel habitual. Habíamos podido salir indemnes a nuestra peligrosa excursión. Pero aún no había noticias de las lanchitas. Y eso era absolutamente descorazonador.

Varias tardes después resolvimos retomar nuestra búsqueda del tesoro en el ropero y llegamos hasta el mismo logro que aquella siesta anterior: estábamos frente al ropero, con la puerta abierta. Esta vez nos animamos a más. En la parte inferior del viejo mueble había varias cajas apiladas. La mayoría eran cajas de zapatas. Escarbamos pacientemente entre las cajas y nada apareció. De repente tío se despertó. Chistó de la manera más aterradora para nosotros. Un gutural y soplado entre dientes chistido que nos conminó otra vez a suspender la empresa, dejar todo otra vez en su lugar y regresar a nuestras camas.

Así transcurrieron nuestras tardes y nuestras siestas durante muchos veranos y muchos años. Con Mamá y papá y nuestras hermanas durmiendo en el otro dormitorio. Con los otros tíos en otra pieza. Con Tío Julio en la otra cama del dormitorio donde nosotros dormíamos o tratábamos de cumplir con la obligación de dormir la siesta.

Llegó por fin la tarde en que habíamos logrado avanzar hasta la puerta del ropero. Revolviendo la ropa del tío, pantalones, camisas, cajas de zapatos y cosas así fue que nos encontramos con la caja tan buscada de lanchitas fabricadas en China. No era fácil salir de nuestra incredulidad. Sacamos la caja y la abrimos. Las teníamos en nuestras inocentes manos. Nos temblaban. Pero eran nuestras. Las guardamos y evitamos dejar evidencia de nuestra travesura. Las tardes y las siestas largas y aburridas fueron propiciando más excursiones al ropero con apertura de puertas y de cajas. Con escapadas al patio con el botín de las lanchas en la mano. Con las lanchas navegando en acequias inundadas de agua y a veces de barro. Todas estas hazañas realizadas en el más absoluto secreto y creyendo que el silencio era nuestro aliado.

Tardes que sucedieron a noches y días y semanas y años hasta que cumplimos 12 años y nos sentíamos lo suficientemente grandes como para pedir la liberación definitiva de los juguetes vedados. Y la sorpresa de comprobar que Tío Julio apenas recordaba las lanchas y que inmediatamente las entregó sin mediar discusión alguna y esta vez sí, sentirse libres, grandes y felices con los regalos más legendarios y codiciados de toda la vida. Romper la maldita caja de cartón y pedazos y llevar nuestras lanchas, ya algo viejas, algo oxidadas y rotas y llenas de barro por fin a nuestra de caja de juguetes donde compartirían lugar con las todos los demás juguetes y poseídos. destruidos y olvidados.